

unos útiles índices de nombres y de términos. La obra contribuye ciertamente al conocimiento de uno de los santos más populares de la Iglesia, en su faceta de pensador medieval.

RAFAEL RAMÓN GUERRERO

AVEMPACE, *Il Regime del solitario*, a cura di Massimo Campanini e Augusto Illuminati. Testo arabo a fronte. Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 2002, 273 pp.

El profesor de la Universidades de Milán y Urbino, Dr. Massimo Campanini ofrece la versión italiana de un nuevo texto filosófico árabe, la que lleva por título árabe *Tadbîr al-mutawa id* (*El régimen del solitario*) del zaragozano Avempace, que ya conocíamos en castellano por dos versiones distintas, la 1946, realizada por D. Miguel Asín Palcios y la más reciente llevada a cabo por el Prof. Joaquín Lomba Fuentes, de la Universidad de Zaragoza, y publicada en 1997, que mejoraba en mucho la anterior. La obra está precedida de una amplia introducción, en la que ha colaborado también el docente de Historia de la Filosofía de la Universidad de Urbino, Dr. Augusto Illuminati, en la que se estudia ampliamente la vida y las obras del autor, la doctrina del intelecto y de la unión, el texto que se va a traducir, con una exposición sintética y esquemática de su contenido y una referencia final a los manuscritos y una nota sobre la presente traducción. Ésta va acompañada de numerosas notas explicativas en las que continuamente encontramos alusiones y referencias a la versión del Profesor Lomba, cuyas lecturas son seguidas en muchos casos.

RAFAEL RAMÓN GUERRERO

GONZÁLEZ AYESTA, Cruz, *Hombre y verdad. Gnoseología y antropología del conocimiento en las Q. D. De Veritate*, Pamplona, Euns, 2002, 176 pp. ISBN: 84-313-1995-X.

La lectura del título de esta investigación revela por sí sola la importancia de estas páginas. La relación entre hombre y verdad es ciertamente el tema capital de la filosofía de este comienzo de milenio. A esta relación se refieren en último término las posturas filosóficas más influyentes en la actualidad, desde el postmodernismo hasta la *Fides et ratio*. No se trata de una relación fácil de describir ni se puede articular de forma sencilla: el hombre del S. XXI ha perdido la inocencia de la mirada griega que permitía a los hombres admirarse del mundo y de su propio ser. Y aunque se intente recuperar no podemos pasar por encima de las vicisitudes de nuestra historia intelectual. Pero, como diría Aristóteles, sería indigno de un filósofo no afrontar con decisión la posibilidad de alcanzar la verdad en la medida de nuestras posibilidades.

El subtítulo de este libro determina con claridad la perspectiva y el lugar desde el que se afronta la empresa declarada en el título. La autora se centra decididamente en las cuestiones disputadas sobre la verdad que escribiera Santo Tomás en el S. XIII. Sin duda el autor y la obra estudiados tienen un valor propio desde muchos puntos de vista. Y el talento analítico y sistemático de la autora va extrayendo de los textos de Santo Tomás una posición filosófica bien definida que permite confrontarla críticamente con las últimas corrientes filosóficas que han afrontado el tema de la verdad. Queda pendiente en estas páginas la ampliación a la obra entera de Santo Tomás y la confrontación con extenso con el pensamiento filosófico actual, que apenas queda apuntado en el últimas páginas.

El capítulo primero se dirige a establecer en detalle las relaciones entre el entendimiento humano y la verdad. El entendimiento humano no posee ideas innatas, sino que ha de alcanzarlas a partir de la sensibilidad por medio de la abstracción. De ese modo aparecen las limitaciones típicas del conocimiento intelectual humano en su inicio: depende de la sensibilidad, es capaz sólo de captar aspectos o quididades de las cosas y es discursivo. Se trata, pues, de un entendimiento falible, por lo que el lugar propio de la verdad es también el lugar en el que es posible la falsedad y el error. La experiencia característica de la rectificación del conocimiento es una indicación más en este sentido. Por eso, el lugar propio de la verdad es el juicio, en el que la adecuación, la afirmación y la reflexión se dan en íntima unidad. Precisamente, por estas razones el juicio no puede considerarse separadamente del hombre que conoce. La gnoseología debe desarrollarse a la par que la antropología. El juicio debe considerarse en unión con los principios en

los que se funda la verdad, continuado por los hábitos intelectuales que engendra en el alma y descubrirse finalmente que la verdad es el bien del ser intelectual.

El capítulo segundo se dedica a desarrollar la intrínseca perfectibilidad del conocimiento humano. Para ello la autora desarrolla pormenorizadamente las dimensiones de acción y pasión del entendimiento. Para ella Santo Tomás subraya fundamentalmente la dimensión activa del entendimiento agente, porque no hay inteligibles en acto fuera de la propia acción del entendimiento. Pero la exposición tomista usa un lenguaje causal que, aunque no sea completamente afortunado, tiene la intención de marcar las diferencias entre los entendimientos humanos, el divino y el angélico. Ahora bien, esa dimensión activa está relacionada especialmente con el conocimiento de los primeros principios, que es un conocimiento habitual. Sólo si el conocimiento humano conoce la verdad de entrada y no es susceptible de error, puede seguir buscándola. Sólo si el pensamiento del hombre conoce de modo natural alguna verdad, se explica el comienzo de su actuación abstractiva y el hábito de los primeros principios se convierte en el semillero del conocimiento humano completo. Pero entonces el hábito de los primeros principios no es una mera cualidad del entendimiento humano, sino luz que pertenece a la misma naturaleza del alma y por la que ésta es intelectual. Sin embargo, todo en el entendimiento humano no es luz, porque también se da la discursividad y, en consecuencia, el entendimiento humano es perfectible: así se explica tanto el origen del error como la necesidad de los demás hábitos intelectuales: el de sabiduría y el de ciencia, que suponen un fortalecimiento de la propia luz natural de la razón en su ejercicio.

Una vez desarrollados sintéticamente los aspectos gnoseológicos del conocimiento de la verdad, la autora dedica el capítulo tercero a sus aspectos antropológicos: «¿Cómo se combina la eternidad de la verdad y el carácter limitado y, por tanto, parcial de su conocimiento?, ¿es posible el ideal metódico: un automatismo en el conocimiento de la verdad?, ¿puede desligarse el conocimiento de la verdad de la cualidad moral del hombre?, ¿tiene el conocimiento de la verdad dimensiones morales internas al mismo ejercicio de la inteligencia?» (125-126). Estas preguntas permiten advertir inmediatamente la relevancia de estas últimas páginas. Según la autora los hábitos intelectuales humanos «son necesarios para un entendimiento que procede discursivamente, pues suponen una *ordinatio* de lo conocido y un crecimiento del principio activo que facilita al entendimiento alcanzar la evidencia y evitar el error» (148). Y de ahí se deducen las conclusiones decisivas que permiten columbrar el horizonte de esta investigación: para que el intelecto humano crezca se precisa la preocupación por la verdad, es decir, el conocer no es un acto meramente natural y, en consecuencia, «las exigencias morales incluidas en tal actitud de búsqueda y respeto por la verdad no son exigencia morales externas al bien propio de la inteligencia» (149). Este apartado termina con la consideración de la verdad, entendida como fin del entendimiento, como bien *simpliciter*. «Sin alcanzarla no puede el hombre ser feliz y, por tanto, su búsqueda es un imperativo moral» (156). De ahí que la actividad por la que se conoce la verdad tenga que ser considerada como una actividad con implicaciones morales. El capítulo termina con un epígrafe titulado «el protagonismo del sujeto y la universalidad de la verdad»: son unas pocas páginas en las que lo importante no es tanto las afirmaciones que contienen sino la agenda de la investigación que la autora se propone llevar a término: partiendo de la filosofía de Santo Tomás deshacer las disyuntivas insolubles entre modernidad y postmodernidad que caracterizan el pensamiento en el comienzo del tercer milenio.

Para terminar se puede decir que estas páginas presentan una argumentación detallada y una valiosa síntesis del pensamiento de Santo Tomás capaz de enfrentarse directamente a los mejores desarrollos contemporáneos de la epistemología y de la antropología de la verdad.

ENRIQUE MOROS

RAIMUNDUS LULLUS, *Arbor scientiae* (= *Raimundi Lulli Opera Latina. Tomus XXIV-XXVI. Op. lat.* 65), ed. Pere Villalba Varneda (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis CLXXX A-C), 3 vols., Turnhout, Brepols, 2001, 1.438 pp.

Es bien sabido que la obra de Ramon Llull cuenta no solamente entre las más prolíficas del Medioevo, sumando sus más de 250 obras cerca de 27.000 páginas, sino también entre las más polifacéticas, abarcando desde el derecho y la medicina hasta la filosofía y la teología. La muestra tal vez más impresionante de esta riqueza del universo lulliano constituye su monumental enciclopedia *Arbor scientiae*, escrita entre los años 1295-1296 en la ciudad de Roma, en donde el mallorquín retine bajo la forma didáctica de 16 árboles todos los ámbitos del saber de su tiempo, queriendo demostrar, en última instancia, la